

insurrección milagrosa, y Monseñor Labastida que no era tan serio como su estatua, y usted que es hombre de buen humor y de grandes recursos, inventaron la farsa á que accedió el Pontífice socialista, que también es aficionado á esta clase de bromas. ¿Cómo coronar á una imagen coronada? Cómo colocar una diadema imperial sobre una real?

La solución era sencilla, borrar de la imagen la corona. Procedimiento en extremo fácil y que se verificaba en unos cuantos minutos, como se ha efectuado. Esta operación ha sido hecha por mano de hombre ó por la acción del tiempo. Si esto último hubiera acontecido; estando toda la imagen en el mismo lienzo y pintada con los mismos ingredientes, la destrucción se hubiera hecho sentir en algunos puntos más de la pintura, por ejemplo en las narices de la Virgen. Pero sería sumamente casual que dada la idea de la coronación el tiempo sólo se hubiera ocupado en destruir la corona para ayudar á Monseñor Labastida y á usted en su obra milagrosa. Si han sido los años, vea con satisfacción que las imágenes y las iglesias y los prodigios no escapan á la acción destructora del tiempo, y esto con perdón de usted, fortalece mis esperanzas. Bien sabido es que el escamoteo tuvo lugar en el templo de las Capuchinas. Se disculpa usted diciendo que los Canónigos tenían la llave. Los Canónigos se han revelado contra usted como los esqueletos del Convidado de Piedra; no han querido comprometerse en la trama. Si rasurar una cabeza con un vidrio fuera de lito, ya el Juez de la Hoz lo hubiera puesto á usted en una bartolina por sobra de datos, conforme al Código Penal. ¿Se empeña usted, señor Abad, y prosigue en sus disculpas? Haciendo, con permiso de usted, uso de su literatura, diré: *«que todos son muy honrados y la corona no parece.»* Pero no nos aflijamos por tan poco, cuando desaparezca la de oro entraremos en cuidado. Esperamos en Dios que ha de haber una nueva dosamortización.

Crea usted, señor Abad, que no me admiran el templo ni sus pinturas abigarradas, ni sus estrellas doradas, ni su corona á la Carlo Magno, ni su altar de mármol como sepulcro de los Reyes Católicos, ni su piso de asfalto como estación de ferrocarril: lo que absorbe toda mi atención es usted, que ha consumado una obra colosal: haberles sacado á los ricos unas cuantas pesetas y haber distraído del bolsillo de las grandes damas las cantidades que debían apostar á los caballos cloróticos del hipódromo de la Indianilla. Esta es una calaverada católica que no tiene nombre; le estrecho á usted la mano con efusión y siento que se hayan emborrascado las bulas, porque usted, de derecho, es todo un obispo de la iglesia católica. Voltaire se hubiera reído á carcajadas y Anacreón hubiera abierto sus cubas para solemnizar el acontecimiento.

Ha sido usted hourado, porque siguiendo el tenor de las doctrinas canónicas debía haber sido todo el dinero para usted. (*«De donis et meneribus accipien- dis»*) y apenas se habrá usted abonado sus honorarios, que me parece un rasgo demasiado humilde.

Pobre pueblo, señor Abad, juguete vil de la clerecía, pechero de todos los tiempos, mudo espectador de esos sucesos de una deslumbrante fantasmagoría

que condenan la ciencia y la historia. Vencido por la fuerza incontrastable de la verdad, ya inicia usted plegarse al *milagro*; pero no ocurra usted á la Providencia; porque la Providencia es *misionera*; sólo surte entre los pueblos bárbaros, y ya nosotros hemos dado un paso de avance en el seno de la civilización culta y honrada. No se haga usted ilusiones, señor Abad, este periodo histórico se coloca entre las Divinidades muertas y un Dios agonizante; allá las criptas paganas en los escombros de la historia, un pontificado suicida que desaparece lentamente entre las tibias cenizas del Vesubio, y aquí una iglesia metida en el sepulcro hasta la cintura, agarrándose de las ideas modernas y de las prácticas antiguas para alcanzar una supervivencia imposible. No es esto más que el vago delirio que precede á la muerte. Estamos sobre una catástrofe; ya el cura con las piernas *edematosas* no podrá seguir á esa mujer que se le escapa como el tiempo sobre la rueda del velocípedo, que viaja sola en el ferrocarril y sola desafía desde la nave las tempestades del océano. Ya no podrá hablarle al oído de los misterios de la religión y de los arrequives de la conciencia; cuando la encuentre hojeando los volúmenes, buscando en los secretos de la ciencia el lenitivo de las agitaciones de su espíritu. Todo indica una nueva evolución en el hogar; así se verifican las transformaciones en la eterna brega del espíritu humano. Nosotros, falsos profetas, apenas podemos entrever el porvenir por el lente humano de nuestras aspiraciones y de nuestras esperanzas: el presente es nuestro, el porvenir no nos pertenece; conformémonos con inclinarnos á la generación que nos suceda hacia los horizontes lejanos de la libertad y del progreso.

JUAN A. MATEOS.

CARTA

DE LA

VIRGEN DE GUADALUPE A JUAN DIEGO.

Tepeyac, doce de Octubre,
Mi querido hijo Juan Diego,
He recibido tu carta
Que escribió Guillermo Prieto,
Y que mandó Goehicoa
Por un buzón del correo,
Y he quedado satisfecha
Al mirar tu ardiente celo.
Mi contestación te envío,
Que no quiero más enredos,
Y es necesario que todos
Sepan al fin lo que pienso.

No quiero en mi sien llevar
La corona de oropel,
Ni hacer el triste papel
De loca de Miramar.
Quiero en mi modesto altar
Vivir al dulce calor
De un pueblo que con amor